

**EL ÚLTIMO VERANO**

Se lo comunicó su madre por teléfono, sollozando, poco antes de las diez. Quedó algo confundido al escucharla, y balbuceó “¿cuándo?”, “¿cómo?”, de un modo mecánico, sin atender, en realidad, a lo que ella le estaba diciendo sino a los días de fuego de unos veranos casi desvanecidos de su memoria. Escuchando, no la voz de su madre, sino la de su abuela, apenas audible, llegándole de las brumas del pasado. “¿Vas a venir con nosotras?” le preguntó con cautela la madre. “Sí” dijo él con un hilo de voz, y fue entonces cuando tuvo clara conciencia de haber perdido algo para siempre. De no tener ya nunca más la oportunidad de verla ni de escucharla. Y de lo hiriente que le resultaba saberlo. “¿A qué hora te recogemos?” volvió a preguntarle ella. “No sé. Cuando queráis” respondió apesadumbrado, herido de repente por la noticia.

Tras despedirse de la madre, lo ganó la añoranza. Los recuerdos de la abuela regresaron a él desde el silencioso río del tiempo.

En la callada habitación escuchaba un rumor de voces antiguas.

Dejó vagar la mirada por los tejados de la ciudad.

Mañana sería el entierro, pero a él le llegaban ya los repiques de la iglesia de san Martín, el vuelo de los vencejos sobre los plátanos de la plaza Mayor en la última luz de la tarde.

Su abuela Rosalía. En sus ojos habitaban todos los cielos castellanos que había mirado desde niña. Cada despertar de escarcha y de nieve. Cada primavera. Cada día de afán y de resignación y de paciencia.

En sus manos, la ternura, la lucha entera con la vida, las oraciones imploradas.

No se acordaba de la última vez que la había tenido cerca.

Solo podía verla en el ayer, junto al niño que fue en la alegre inocencia de vivir.

Cada mañana se recogía el pelo blanco en un moño.

Iba vestida de negro. Siempre. En invierno y en verano.

Se llamaba Rosalía, aunque yo nunca me dirigí a ella con otro nombre que no fuese "abuela".

Tenía setenta y cuatro años por aquellos días, sospechábamos, pues los archivos de la iglesia y del ayuntamiento se quemaron durante la guerra, y cuando las nuevas autoridades del pueblo obligaron a todos los vecinos a registrarse, la abuela se permitió la travesura de volver a nacer, confesando haberlo hecho con el siglo; "para facilitar el cálculo".

Pasé con ella muchos veranos de mi infancia. Los más dichosos y perdurables.

El último, recién cumplidos los trece años. Por entonces, mi niñez escapaba de mí como un pájaro enjaulado. Y la abuela, viuda desde hacía tanto, se me fue quedando atrás, como el retrato de un antepasado, sentada a solas en el rincón de una casa vacía.

Solía estar con ella hasta primeros de septiembre. Durante mi estancia, la mayoría de sus esfuerzos iban destinados a hacerme ganar peso, como si con ello garantizara a sus ojos y, al parecer, a los de mis padres, la excelencia del trato recibido. Tales afanes me hicieron disfrutar cada domingo del raro privilegio de unos desayunos inusuales de cuajadas y almendras garrapiñadas.

Era la suya una casa grande y antigua. En ella, me contaba, habían vivido los padres de sus padres. Antepasados tan remotos para mí como los reyes de la Biblia. Sin embargo, resultaba agradable la frescura que encerraban sus gruesos

muros de piedra, con ventanas de madera verde y un balcón de forja donde cada noche del estío se sentaba a escuchar la respiración del tiempo.

La casa mantenía la austeridad de sus orígenes. En el viejo corral, por entonces vacío de animales, amontonaba la leña y los últimos aperos de labranza de sus deudos, abandonados y cubiertos con el algodón de espesas telarañas.

Dormíamos juntos, ella y yo, en una cama imperial, levantada a cinco palmos del suelo por unas patas de hierro. Tenía un cabecero de barrotes de latón, decorados con volutas doradas que se habían aflojado al cabo de tantos años de sueños y que sonaban como campanillas celestiales al menor movimiento. Antes de encaramarse al lecho, la abuela se persignaba delante del crucifijo que presidía la alcoba, y luego besaba la imagen de un retrato pequeño que había enmarcado sobre la cómoda: un hijo suyo, con cara de labriego pobre, que murió de tuberculosis a los quince años.

En esa época, no era yo del todo consciente del dolor irreparable que la abuela había debido soportar por la pérdida de aquel hijo. Habría de ser mucho después, ya siendo padre y sabio de desventuras, cuando se me revelaría el lazo indisoluble que anudaba el corazón de madre e hijo en aquel ritual amoroso de cada noche.

En la planta alta de la casa había tres cuartos generosos que, para mí, eran tres islas del tesoro, tres submarinos, o tres globos para recorrer el mundo en ochenta tardes de verano. Tres estancias espaciosas donde habitaba el olvido. Cachivaches y objetos cotidianos de un ayer fenecido se apilaban en los rincones y en las cajoneras. Me bastaba con posar los dedos en cualquiera de ellos para imaginar los rostros y las voces de quienes los habían usado en otras vidas. Rozar el bronce deslucido de un candelabro, acariciar la cubierta empolvada de un viejo libro escolar, abrir una navaja con la hoja herrumbrosa, o

aspirar la apolillada madera de las vigas del techo, me sumía en el remoto pasado de mis tíos y abuelos.

Fue en una de esas expediciones exploratorias cuando hallé, al fondo de un arcón de ropa, un reloj de bolsillo. Era de plata, al igual que la leontina, con el relieve de una cabeza de mujer, o de diosa, en la tapa. Me gustaba el sonido que hacía al cerrarse el broche: un golpe seco y ahuecado, como debía sonar el Libro de la Vida cuando el último día Dios mismo decidiera cerrarlo para siempre.

“No me gusta que te andes con Carbonero” me amonestaba la abuela cuando regresaba de alguna de mis correrías con él. “Esa familia no es de fiar. Por culpa de su abuelo, acabaron muchos en la cárcel, o en sitios peores”.

Pero en el candor de la infancia, las oscuras maldades del abuelo de Carbonero me resultaban tan poco temibles como las amenazas que soportaba el Capitán Trueno. No podía prescindir de su compañía. Era seis meses menor que yo pero parecía haber vivido diez años más. Conocía cuanto un adulto podía conocer, y compartía esa rara ciencia conmigo, tanto si me convenía como si no.

Un mediodía sofocante me condujo río Oca arriba hasta una casa deshabitada. La Casa del Inglés, la llamaban, aunque hacía décadas que al inglés no se le había visto por el pueblo. Los lugareños lo daban por muerto, y sostenían que la casa seguiría los pasos de su amo si nadie se ocupaba de ella.

Carbonero me aseguró que había entrado en ella y descubierto una habitación repleta de libros, "gordos y bien forrados, como los que lee don Andrés, el cura, durante las misas". Esta revelación me hizo delirar con la eventual lectura de obras maléficas y prohibidas. Tanto incordió a Carbonero, que una tarde de aquel agosto me procuró dos ejemplares. Encuadernados en piel. Con letras y grabados dorados en las tapas.

No pude conservar ninguno. Me lo impidieron las severas admoniciones de la abuela.

“Pero si no es de nadie, abuela. Estaban en una casa vacía” intentaba justificarme con falso candor.

“¡Vete ahora mismo y deja eso donde estaba!” me urgía ella, enojada. “Si la casa tiene la puerta cerrada, es porque su dueño la ha dejado así con idea de abrirla cuando a él se le antoje. ¿Acaso tienes tú la llave?”.

Y había que deshacer el entuerto. Inmediatamente.

Carbonero me acompañó hasta la casa y arrojamos los libros por una de las ventanas sin cristales, como quien devuelve unos huesos a un esqueleto.

Al paso del cortejo, el viento alzaba las hojas secas de los plátanos que bordeaban el camino hasta el cementerio. “¿Tienes frío, amor?” le preguntó su mujer. Él negó con la cabeza.

La línea negra del coche fúnebre avanzaba despacio.

Remolinos de hojas se enredaban en sus pies. A él se le figuraba que era el espíritu de la abuela quien las soplaba, los pasos de su alma camino del destierro.

El cielo de ceniza amenazaba lluvia. Un día espléndido para dar sepultura, pensó él, taciturno, y se notó, de repente, henchido de vida, afortunado de seguirla teniendo en un día tan aciago.

Dio gracias en silencio por haber compartido con la abuela los días más luminosos de su infancia, los veranos más largos y memorables.

Por la cocina de la casa merodeaba a todas horas un gato sin nombre. Ella se dirigía a él con un escueto “¡miso!”, que valía lo mismo para ofrecerle comida que para soltarle un puntapié. Todo dependía del tono con que lo pronunciara.

Era un gato perezoso. Se tendía debajo de una silla, en las frías losas del suelo, como una vieja leona africana, y ya no hacía nada más durante horas, salvo abrir y cerrar los ojos como si tuviera los párpados pegados, hasta que alguien le acercaba un poco de comida o le desbarataba el descanso con la escoba.

En la casa no había horno. La abuela lo cocinaba todo al fuego de la chimenea, en unos cacharros herrumbrosos y abollados que colocaba sobre unas trébedes. Lo corriente era que, al poco de prender la leña, la cocina entera se atufara con una humareda de locomotora que ella despejaba abriendo de par en par la puerta de la calle. “La chimenea ya no tira como antes” lamentaba, sin dejar de toser.

Tampoco tenía nevera. O nunca funcionaba. Aún así, el agua se mantenía fresca en una vasija de barro casi tan alta como yo. A mí me maravillaba lo fácil que resultaba vivir en aquella casa elemental, carente de todo signo de modernidad o progreso. Aunque ahora, al pensar en esas cosas, adivino y comprendo que había un solo milagro: ella.

Por supuesto, no había televisión, aunque sí radio, cubierta con un tapete de croché. La abuela escuchaba al mediodía el diario hablado de Radio Nacional de España, y las emisiones de flamenco y, en la tarde, las radionovelas, mientras hacía ganchillo con unas gafas de patillas rotas. Cosía interminables ajuares para las jóvenes casaderas del pueblo. Casi nunca cobraba por esa labor artesanal. “¿Qué podría pedir?” se excusaba. “Hoy nadie hace estas cosas a mano. Lo que yo tardo meses en acabar, lo teje una máquina en media hora”.

“Cómprate una máquina” apuntaba yo con una ingenuidad que, todavía hoy, me parece que sigo teniendo.

“¡Pero tú sabes, niño, lo que cuesta un aparato de esos!” exclamaba ella risueña.

Yo, entretanto, bien podría estar en el suelo de la cocina, tumbado junto al gato como otro felino, o en una poza del río Oca, La Culebrilla, tal vez, con el Carbonero y los otros zagales, chapoteando a la pesca de algún cangrejo.

No había placer que se igualara a la sensación del agua fría en esas tardes de bochorno. Nada como estar tendidos en un peñasco de la orilla, secándonos al sol tórrido mientras la inmensidad del mundo y los insondables misterios de la vida se nos iban revelando poco a poco, como una ciudad que la niebla va descubriendo.

“Dice mi abuela que Franco se muere”.

“¿Y quién es Franco?” preguntaba Carbonero.

Todos reíamos.

“¡Coño, qué melón eres, Carbonero! ¡Quién va a ser Franco: el que manda en España!” explicaba alguno.

“En España, dice mi padre, que manda Curro Romero” contaba él sin asomo de rubor.

“Tu padre es otro melón”.

El río es un oasis en los veranos de la meseta. Un amigo modesto y leal que ofrece, en la agonía del secano, entre olmos y cañaverales, hasta la última de sus lágrimas.

“El domingo estuvieron por aquí la Juani y las otras” contaba Carbonero, mientras nos asoleábamos en la orilla; “las estuve espiando por detrás de los álamos”.



“¿Y viste algo?” preguntábamos todos con malsana curiosidad.

El Carbonero, impávido, como si ya lo hubiera visto todo bajo el cielo, declaraba con serena altivez:

“¡Pues claro, idiotas, o para qué os creéis que estaba aquí escondido!”.

Porque el Carbonero podía ser –y, de hecho, lo era- el niño más obtuso del pueblo, pero conocía las ciencias naturales de primera mano pues, al decir de mi abuela, se había criado como si fuera matojo, lo que le había permitido conocer lo que no conoce un niño hasta que deja de serlo. Esas cosas con las que uno sólo alcanzaba a soñar. Como ver a la Juani sin ropa. Y es que, a veces, pensaba yo, los tontos tenían una suerte que no se merecían.

El olor del otoño en los campos somnolientos. La visión de los lutos severos de los mayores entre los cipreses. La tarde nubosa difuminando los cerros del otro lado del cementerio. La letanía invariable del cura y el bisbiseo de las mujeres al pie de los nichos. El rumor imaginado de otros días más venturosos. Otros veranos. Un río.

Morir. Morir para siempre. Dejar que el cuerpo se fundiera con la tierra. Que cada una de sus miradas, de sus pasos y sus palabras dormitaran en el polvo. “¿Quieres un poco de agua, amor?”. No.

El impulso insobornable de la sangre lo empujaba hacia adelante. A buscar la luz en otras miradas. El calor de otras manos. Que aquella vida amada y perdida de su abuela quedara ya en él sólo como una melodía del corazón.

“¿A dónde vamos cuando morimos, abuela?”.

“Al mismo lugar de donde hemos venido”.

“¿Y qué clase de sitio es ése?”.

“Bueno, yo todavía no he estado allí, pero no debe de ser tan malo cuando todos los que van a él, acaban quedándose”.

“A lo mejor es que no pueden volver”.

“Pero tú eres aún muy joven para pensar en esas cosas”.

“Ese niño que hay en el retrato de la cómoda, también era joven”.

Silencio.

Que se prolonga en unos ojos húmedos y brillantes.

En un rostro surcado de arrugas.

El último verano junto a la abuela fue el primero de mi adolescencia. Todos los abismos de la edad se abrieron ante mí durante las vacaciones. Nuevos ojos y nueva conciencia para un cuerpo nuevo y difícil. Para un mundo que se hacía viejo y difícil.

Decía Diógenes que el amor era la ocupación de los desocupados. Creo que debió de ser por eso que yo me convertí en un blanco fácil para las saetas de Cupido. Mis lecturas apasionadas y mi tendencia a la ensoñación me dejaron el corazón abierto como una granada.

En la última luz de agosto, me enamoré. De muchas cosas. Cada día. De mujeres y de palabras. De la vida y del sin sentido que la envuelve. Del pasado y del modo tan dulce con que lo recuperamos para adornar la tumba del tiempo.

Un hombre enjuto, de piel tostada y leve cojera, se le acercó a darle el pésame. Olía a alcohol. Le molestó que alguien se presentara al velatorio de la abuela en ese estado. Correspondió, sin embargo, al saludo con fría formalidad. El desconocido se retiró hacia un grupo de hombres que había en un lateral de la

sala, con los que estuvo charlando muy animoso. Parecían conocerse todos desde hacía tiempo. De lejos, observó que el hombre tenía poco pelo y vestía con cierto desaliño una camisa vieja que le sobresalía del pantalón mal abrochado. El desconocido miró varias veces hacia donde él estaba. Imaginó que lo hacía por su mujer, muy guapa ese día, con un vestido ajustado y negro. “¡En una situación como ésta! No tienen respeto por nada” gruñó, contrariado, y le pidió a su mujer que cambiara de posición en el asiento, molesto por el descaro con que el otro la miraba. Le pareció que, a veces, el hombre le sonreía, lo que aumentaba su irritación. “A ese le voy a decir yo unas palabras” musitó por lo bajo, ofendido, incapaz de contenerse. Su mujer lo calmó, tomándole del brazo. “Déjalo, siempre ha sido igual. ¿Acaso ya no te acuerdas? Es Carbonero”.

“Dicen que te llamó al final y, también, al hijo muerto” le contó su mujer en un susurro, a la vuelta del cementerio. Él sintió una oleada de ternura, de gratitud y de culpa. Había dejado pasar demasiados años sin acercarse a verla, sin tocar sus manos rugosas y cálidas. Alguien le preguntó si había estado lejos, en el extranjero, y a él le costó responder que no, que no se había movido de la capital. Qué torpes y humillantes le parecieron sus excusas y justificaciones. ¿Cuándo fue la última vez que había visto a la abuela? ¿Hacía diez, quince años? Un san Roque, cantando el himno que tocaba la banda municipal en el quiosco de la Plaza Mayor, con su hijo pequeño correteando bajo los plátanos con un barquillo en la mano, como había hecho él de niño.

Era como haberla matado antes de tiempo. De repente, en los desaires de la adolescencia, había dejado de pensar en su abuela, enlutada y sola en el pueblo. Escuchaba hablar de ella y la imaginaba como la había conocido en el pasado, no como era en verdad en su nueva vejez, apenada y desvalida. Le dolía

haberse comportado de aquel modo. No haber sido consciente del olvido en que la había tenido ni de las heridas que su desidia le habían causado a un corazón tan afectuoso. Su abuela Rosalía guardaba el tesoro de aquellos veranos entrañables que habían pasado juntos, y que le habían despertado su hondo y perdido amor de madre.

Del brazo de su mujer, se detuvo a la salida del cementerio y dejó vagar la mirada por el cielo de ceniza y las verdes colinas que circundaban el camposanto. Hundió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo el reloj. Plateado, al igual que la leontina. Con el relieve de la diosa Afrodita en la tapa. Encontrado en un arcón de la casa de la abuela, tantos años atrás.

No le interesaba ver la hora. Sólo escuchar el sonido seco y ahuecado que hacía la tapa al cerrarse. Como debía de sonar el Libro de la Vida cuando Dios mismo decidiera cerrarlo para siempre.